

MI LUGAR EN EL MUNDO

Aquel día la señorita Jenkins estaba de mal humor. La señorita Jenkins siempre está de mal humor, pero aquel día estaba de muy mal humor. Por lo visto, iba a venir un inspector a comprobar si estábamos bien cuidados en este orfanato.

Este orfanato no era un orfanato normal, que digamos. Era para niños un poco... "especiales". Por ejemplo, un chico llamado Marcos, cada vez que tocaba el agua, le salía una brillante cola de pez con escamas doradas. Yo, en aquel momento, solo tenía cinco años, y mis "poderes" estaban poco desarrollados. Cada vez que me agobiaba o enfadaba había terremotos, o si la emoción era muy fuerte, el sitio en el que estaba se convertía en un gran cráter humeante. También contaba con una inteligencia y memoria extraordinarias para mi edad.

Tan sólo vivíamos cinco niños en aquel orfanato: Marcos, Alba, Carlos, Tina y yo. Por aquel entonces yo ya me sabía todas las fechas de cumpleaños de mis compañeros, aunque nunca pensé que eso fuera importante.

La verdad es que no estábamos muy bien en ese orfanato. La señorita Jenkins nos alimentaba lo justo, y para dormir tan solo teníamos unos viejos colchones. Pero claro, todo eso no se lo iba a contar al inspector.

Aquel día, llegó el inspector y se puso a hacerle preguntas a la señorita Jenkins, quien aseguró que todos controlábamos nuestros "poderes" a la perfección y que vivíamos en las mejores condiciones. Por supuesto, todo eso era una mentira más grande que el cráter en el que se convirtió mi antiguo orfanato. Incluso dijo que el día anterior habíamos celebrado el cumpleaños de Tina. Entonces, yo no pude controlarme y grité:

- ¡Mentira!

Todos me miraron, y el inspector preguntó:

- ¿Mentira por qué, pequeña?

- Porque el cumpleaños de Tina fue el 23 de abril.

La señorita Jenkins me miró con odio y el suelo empezó a temblar. Alba se acercó a mí y se puso a susurrarme palabras de ánimo al oído intentando tranquilizarme. Al cabo de diez minutos, conseguí calmarme y los terremotos cesaron. El inspector carraspeó y preguntó:

- ¿Qué ha sido esto?

Silencio.

- ¿Qué ha pasado?

Al final conseguí abrir la boca:

- Lo siento... Me cuesta controlar mis poderes.

- Entiendo. ¿Y la señora Jenkins no te ayuda con eso?

Negué con la cabeza.

- ¿Lo que me ha contado es verdad?

Volví a negar con la cabeza y bajé la vista al suelo. Entonces, la señorita Jenkins perdió el control y se volvió hacia mí gritando:

- ¡Cómo te atreves!

Y entonces exploté. Literalmente. Y adiós al orfanato. Nadie salió herido (bueno, el viejo gato de la señorita Jenkins, el señor Morris, salió por los aires y no lo volvimos a ver), pero el inspector tomó medidas.

Arrestaron a la señorita Jenkins y a nosotros nos mandaron a un nuevo orfanato. Cuando yo iba a salir por la puerta, el inspector me detuvo y me dijo:

- Para ti tenemos otros planes.

El suelo se resquebrajó.

- Tranquila, no pasa nada. Vivirás con la señora Wai, y ella te enseñara a controlarte.

Le miré desconfiada.

- No es como la señorita Jenkins.

Parece que me leía el pensamiento.

- ¿Me lo prometes?

Se agachó y me dio la mano.

- Te lo prometo. Ahora, deberías ir a conocerla.

Salimos, y estaba lloviendo. En el camino de entrada había una chica (¿o debería decir señora?). Ah, ya sé, una mujer, que me miraba fijamente con sus ojos grises tan cálidamente que me sentí como en casa, pese a que yo nunca había tenido nada a lo que llamar hogar. Cuando caminó hacia mí, parecía que flotaba en vez de andar, y cuando por fin me habló, recordaba al sonido de las olas, aunque yo nunca había visto el mar. Me dijo unas maravillosas palabras que nunca me había dicho nadie y que recordaré toda mi vida:

- Vámonos a casa.

Me estrechó entre sus cálidos brazos y empezó a andar hacia la salida. Eché un último vistazo a lo que quedaba de mi orfanato, y después, bajo la lluvia, me quedé dormida en los brazos de mi nueva madre.

Cuando me desperté, vi que estaba en una camita blanca en una preciosa habitación. Al salir vi a la señorita Wai. Estaba cocinando una cosa que olía de maravilla.

- Buenos días, señorita Wai.

- Por favor, llámame Darya. ¿Qué tal has dormido?

- Muy bien seño... Darya.

Darya sonrió.

- Estoy haciendo tortitas. ¿Tienes hambre?

- ¡Sí, por favor!

Me sirvió un gran plato de tortitas que yo devoré con avidez. Luego salimos y lo que vi me dejó helada.

Mi nuevo hogar era una preciosa casita como la que siempre había soñado, con chimenea y todo. Cerca de ella había una cascada con un río. Pasamos un día maravilloso: nadamos en el río, dimos un largo paseo por el bosque e incluso hicimos un picnic. Por la noche, al irnos a dormir, tomé una decisión: no podía poner en peligro a esa maravillosa persona, así que decidí escaparme.

Metí algo de ropa y fruta en una mochila y salí por la puerta sin hacer ruido. Anduve durante una hora hasta llegar a un claro del bosque. Allí me acurruqué en un rincón, cogí una manta que había traído, y me quedé dormida.

Al abrir los ojos vi a Darya que me miraba fijamente. Me tomó entre sus brazos y me abrazó con fuerza.

- ¿Por qué te has escapado? No debes tenerme miedo.

- No tengo miedo de ti, sino de mí misma. Me da miedo hacerte daño.

- Como más daño me haces es alejándote de mí, Luna.

Me quedé helada. Nadie sabía lo de mi nombre, ni siquiera mis antiguos compañeros. Ellos me llamaban “pequeña” o “princesa”. La señorita Jenkins me llamaba “Eh tú” o directamente me insultaba. Nunca nadie me llamaba por mi nombre. Darya, al ver mi cara de asombro, me dijo:

- Yo conocí a tus padres.

- ¡¿Enserio?!

Ni siquiera yo había conocido a mis padres. Habían muerto poco tiempo después de que naciera yo en un accidente de tráfico.

- Sí, en serio. Tu madre y yo éramos grandes amigas. Anda, vamos a casa y te lo enseño. Al llegar a casa me enseñó una fotografía en la que se veía una pareja joven y un bebé.

- Esa era tu familia. Te la puedes quedar si quieres. Mira: te voy a contar una cosa. Yo de pequeña era como tú, pero aprendí a controlar mis poderes y a amar el mundo que nos rodea. Y te lo puedo enseñar, porque sé que dentro de ti habita el bien, no el mal.

Me quedé a vivir con Darya, y se convirtió en una madre para mí.

FIN